

PREGUNTONES

I

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una rica casa de labradores andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aun para pocos, los señores, agradecidos á los fieles servicios que toda la vida les prestó, lo conservaban á su lado de muy buena gana. Añádase á esto que Cristóbal era pintiparado para entretener á la gente menuda, y que en la casa había dos niños, Perico y María: nardo y rosa, como dijo el poeta.

Perico de seis años y de cinco María, tenían de curiosidad lo menos cincuenta cada uno. Su anhelo de saber, expresado en atropelladas preguntas, abrumaba sin desesperarlo al señor Cristóbal, á cuyo cargo corrían las respuestas.

La ciencia de Merlín veríase muy apurada ante aquel par de preguntones. No se diga la del señor Cristóbal.

II

Mucho preguntaba María, y sobrado comprometedoras eran sus preguntas; pero, por la índole de éstas, el viejo salía del paso con mayor desenfadado y holgura que cuando le interrogaba Perico. Perico era temible.

Decía la niña:

—Oye, ¿cómo es la Virgen?

—Mu guapa.

—¿Y dónde está sentá?

—En un cojín de raso, ayá en er sielo.

Y se acababan las dudas por de pronto. Pero Perico profundizaba más en sus peregrinas investigaciones.

—Escucha, Cristóbal—decía tirándole al viejo de un brazo, nervioso de curiosidad.

—¿Qué quieres?

—Escucha.

—¿Qué?

—¿Dónde está el mundo?

¡Vaya usted á contestar á eso á rajatabla, como exigía Perico, sin meditar un minuto siquiera!

—¿Qué dónde está er mundo?—repetía Cristóbal rascándose la frente. —Er mundo...; er mundo no está en ninguna parte...; porque «tó es er mundo»

El interlocutor no se quedaba muy satisfecho que digamos; pero en vez de insistir en el mismo tema saltaba á otra pregunta, como salta un pájaro de una rama á un alero.

—Atiende, Cristóbal. ¿Dónde está el mar?

—¿Er má? En Cadi.

—¿Na más que en Cadi?

—Y en América.

—¿Y dónde está América?

—América está mu lejos.

—Pero ¿está en el mundo?—añadía el chiquillo «asociando ideas.»

—¡Claro! En er mundo «está tó», repetía el señor Cristóbal, seguro ya de su argumento.

III

Una tarde, entre el niño y la niña, agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristóbal, ¿cuántas estreyas hay?

—Según... Unas noches hay más... y otras noches hay menos.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque... las noches de luna... las estreyas no salen toas.

—¿La luna no es una estreya, tú?

—No; la luna... es la luna.

—Y las estreyas, ¿dónde están sujetas?

—En el aire; miá éste.

—¿Y no se puen caé?

—No, tengas cuidao. Ochenta años tengo yo y no he visto caerse ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

El Sr. Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—¿No lo sabes?

—¡No lo había e sabé!... (Claro está que no lo sabía.)

—Oye, Cristóbal—interrumpió la niña, á quien preocupaban en extremo las cosas santas,—¿quién es más, el papa ó el rey?

—¿Qué?

—Que quién es más, ¿el papa ó el rey?



Amparo Romo en «La Viuda Alegre,»
vista por nuestro dibujante.

¡Como todas!

—¿Qué función más maja vimos anoche en el teatro!

—¿Subían y bajaban una cortina?

—Sí.

Entonces, es la misma que he visto yo.